

MEDITACIONES FRANCISCANAS

JAVIER GARRIDO (OFM)

INTRODUCCIÓN

Para acompañar el material de reflexión de esta Pascua presentamos aquí cuatro breves meditaciones franciscanas extraídas del libro de Javier Garrido “Francisco de Asís contempla a Jesús” (Ediciones Franciscanas Arantzazu, 2012). En ellas se nos invita, partiendo de breves textos de San Francisco, a profundizar en nuestra vocación franciscana desde: la **oración** (en todo momento), la celebración de la **Eucaristía** (Jueves Santo), la contemplación de la **Pasión y Muerte** de Jesús (Viernes Santo) y la **vivencia cotidiana del don de los hermanos y de la fraternidad** (Sábado Santo). Que cada uno decida el momento del día en que su lectura y reflexión le pueda resultar provechosa.



EN TODO MOMENTO: **ORAR SIEMPRE**

Como se sabe, la *Regla bulada* es más escueta en sus motivaciones espirituales, pero igualmente radical en su planteamiento respecto a la Regla no bulada. Al tratar de la oración, estos son sus textos característicos:

“Aquellos hermanos a los que el Señor ha dado la gracia de trabajar, trabajen fiel y devotamente, de modo que, desechando la ociosidad, enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la oración y devoción, al que las demás cosas deben servir”. 2R5

Primado evidente de la oración en la vida franciscana aplicado al modo de trabajar e incluso a la hora de seleccionar trabajos.

• • •

“Apliquense en aquello que por encima de todo deben anhelar: tener el Espíritu del Señor y su santa operación, orar continuamente al Señor con un corazón puro”. 2R 10

Este texto halla su mejor comentario en la *Regla no bulada* 22:

“Hermanos todos, estemos muy vigilantes, no sea que so pretexto de alguna recompensa o quehacer o ayuda, perdamos o apartemos del Señor nuestra mente y corazón. Antes bien, por la santa caridad, que es Dios, ruego a todos los hermanos, tanto los ministros como a los demás, que, removido todo impedimento y pospuesta toda preocupación y todo afán, como mejor puedan, sirvan, amen, honren y adoren al Señor Dios, y háganlo con limpio corazón y mente pura, que es lo que Él busca por encima de todo; y hagamos siempre en ellos habitación y morada a aquél que es el Señor Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, que dice: “Vigilad orando en todo tiempo, para que seáis dignos de veros libres de todos los males que han de venir, y estar en pie ante el Hijo del hombre”. Y cuando oréis, decid: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Y adorémosle con puro corazón, porque es necesario orar siempre y no desfallecer; pues tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es Espíritu y los que lo adoran es preciso que lo adoren en espíritu y en verdad. Y recurramos a Él como al pastor y obispo de nuestras almas, que dice: “Yo soy el buen pastor que apacienta a mis ovejas y doy la vida por mis ovejas”.

• • •

Relectura:

Entre los elementos y dimensiones que configuran nuestra forma de vida, el primado irrenunciable lo tiene, sin duda, cuanto atañe a la relación con Dios. En primer lugar, la liturgia católica, precisamente porque el Señor nos ha dado tal fe que podemos vivir del don que él nos hace de sí mismo en Cristo Jesús, muerto y resucitado: la Eucaristía, misterio incomprensible del cuerpo y sangre del Hijo de Dios, sacrificio de reconciliación y fraternidad; la Palabra, espíritu y vida; la Liturgia de las Horas, la respuesta que el Espíritu Santo suscita en el corazón de la Iglesia.

Por ello organizamos nuestro horario de modo que nuestro principal encuentro de fraternidad sea ante el Señor. No somos monjes que se dedican principalmente al culto divino; pero todo lo

subordinamos al "espíritu de oración y devoción". Cada fraternidad escoge sus "tiempos fuertes" para dedicarse a lo único necesario, a hacer vacío de todo lo que no sea nuestro único y total Bien: cada día, los fines de semana; al mes; cada año... Como es propio de nuestro estilo dejar amplio margen a la iniciativa personal, cada hermano busca su espacio de soledad para encontrarse con el Señor cara a cara.

Nuestro deseo más profundo es poder llegar a "orar siempre", en el retiro y en la acción, en lo próspero y en lo adverso. Sabemos que es gracia del Señor; pero, en cuanto depende de nosotros, intentamos quitar todo impedimento a la acción del Espíritu. Vigilarlos los estímulos externos, la distracción, y a veces nos gusta experimentar el desierto, ayunando y escuchando la Palabra del Señor a tiempo perdido.

Con todo, no somos contemplativos que se separan del mundo. Hemos aprendido de Jesús la libertad del amor que subordina las prácticas ascéticas a la misericordia y al servicio del prójimo. La mediación normal de nuestra ascesis es el estado de indigencia material y de dependencia social que hemos escogido.

JUEVES SANTO: EUCARISTÍA

El texto que sigue da la medida de cómo concebía y vivía Francisco de Asís la Eucaristía. Se dirige a sus hermanos; pero se aplica a cualquier cristiano. Así contemplaba Francisco este sacramento de nuestra fe:

“Os suplico a todos vosotros, hermanos, besándoos los pies y con la caridad que puedo, que manifestéis públicamente toda la reverencia y todo el honor que os sea posible al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, en quien han sido pacificadas y reconciliadas con Dios omnipotente todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra.

Considerad vuestra dignidad, hermanos sacerdotes, y sed santos, porque él es santo. Y así como el Señor Dios os ha honrado por encima de todos por razón de este ministerio, así también vosotros amadle, reverenciadle y honradle por encima de todos. Gran miseria y miserable flaqueza es que, cuando lo tenéis a él mismo así presente, os preocupéis de alguna otra cosa del mundo. ¡Tiemble el hombre entero, estremézcase el mundo entero y salte de gozo el cielo cuando Cristo, el Hijo del Dios vivo, se encuentra sobre el altar en manos del sacerdote!

¡Oh admirable celsitud y asombrosa condescendencia! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad, que el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan! Mirad, hermanos, la humildad de Dios y derramad ante él vuestros corazones; humillaos también vosotros, para ser enaltecidos por él. Por consiguiente, nada de vosotros retengáis para vosotros mismos, para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega”. CtaO 12-29

• • •

Para Francisco, la donación de Dios al mundo no es un mero recuerdo, es presencia y sacramento, liturgia. Pero el culto cristiano es en espíritu y en verdad. Llama la atención la intuición teológica con que Francisco ha explicitado su vivencia de la Eucaristía. Por una parte, el realismo de la fe, apropiándose fórmulas que la tradición católica ha consagrado por su verismo cuasi físico; por otra, la insistencia en percibir la celebración sacramental como dinámica espiritual de entrega. Francisco no habla de la Eucaristía como de una realidad sagrada que tiene función en sí misma, un rito social que compete al sacerdote, sino como de acontecimiento de Dios en la Iglesia, que, actualizando la salvación, crea obediencia de amor.

Para nuestra sensibilidad teológica resulta excesiva la carga de veneración con que rodea al sacerdote. En este punto, convendrá discernir en qué medida Francisco depende de cierta mentalidad sacral, no directamente inspirada en la tradición neotestamentaria. Pero aunque sea así, el núcleo del texto se revela actualísimo.

El cristiano/a ha de vivir la Eucaristía y, en general, los sacramentos de la Iglesia, como fuente y cumbre de su vida. Ha nacido y vuelve a nacer siempre, como la Iglesia, del costado abierto de Cristo en la cruz. Por eso, la liturgia es su oración originaria y fundante, la que se alimenta del don de Dios en Cristo. Tanto es así, que en ella bebe, primordialmente, el espíritu de su vida. ¿Cómo podría consagrarse al Evangelio si no conociese y comiese el cuerpo y bebiese la sangre de nuestro Señor Jesucristo, en quien han sido reconciliadas todas las cosas? ¿Cómo renunciar a nosotros mismos, sino siendo conscientes de que él todo entero se nos entrega cada día? ¿Cómo aprender a ser sus discípulos, sino mirando su humildad en los sacramentos y derramando nuestros corazones en su presencia?

VIERNES SANTO: PASIÓN Y MUERTE

La referencia a la pasión y muerte de Jesús es uno de los hilos conductores de los escritos de san Francisco. Hemos escogido uno, el primer salmo del Oficio de la Pasión, porque nos ofrece una perspectiva no frecuente: la de la pasión interior de Jesús.

Jesús murió orando con los salmos. Francisco nos ayuda a entrar en la oración sufriente de Jesús mediante citas variadas de los salmos. Lo más llamativo es cómo a veces cambia el nombre de Dios por el nombre de Padre, reorientando cristológicamente la oración:

*“¡Oh Dios!, te descubrí mi vida, y tú pusiste mis lágrimas ante tu mirada.
Todos mis enemigos tramaban males contra mí, y, unidos, celebraron consejo.
Y me devolvieron mal por bien y odio a cambio de mi amor.
En vez de amarme me calumniaban, pero yo oraba.
Padre mío, santo, rey del cielo y de la tierra, no te alejes de mí,
porque la tribulación está cerca y no hay quien me ayude.
Que retrocedan mis enemigos el día que te invoque,
en esto conoceré que tú eres mi Dios.
Mis enemigos y mis vecinos se acercaron a mí,
poniéndose en contra de mí, y mis parientes se mantuvieron a distancia.
Alejaste de mí a mis conocidos, me consideraron una maldición para ellos,
fui entregado y no tenía salida.
Padre santo, no alejes de mí tu auxilio, Dios mío, mira por mí y ayúdame.
Ven en mi auxilio, Señor, Dios de mi salvación.” OJP 1*

Resonancias posibles:

- Cuando uno está perseguido y condenado a muerte, sin salida, le queda la oración y la confianza en el Padre, a pesar de todo.
- Si recordamos los relatos evangélicos, que describen prevalentemente los tormentos externos de Jesús, el salmo nos ayuda a percibir el sufrimiento interior, atroz.
- La injusticia y crueldad humana chocan con la entrega de amor de Jesús al enemigo.
- En la súplica, se revela la obediencia de Jesús al Padre hasta la muerte.
- Cuando el Padre parece abandonar a Jesús, este insiste en aferrarse a Él, única referencia que le queda en medio de la noche más oscura.

Un creyente como Francisco, no puede quedarse sólo en la contemplación de los dolores de la Pasión. En otro texto nos dice qué historia de gracia está operando el Padre, la redención, por medio de Jesús en favor nuestro.

“Poco antes de la pasión celebró la Pascua con sus discípulos; y, tomando el pan, dio gracias, lo bendijo y lo partió, diciendo: “Tomad y comed, este es mi cuerpo”. Y tomando el cáliz, dijo: “Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por todos para el perdón de los pecados”. Después oró al Padre, diciendo: “Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz”. Y sudó como gruesas gotas de sangre que chorreaban hasta el suelo. Puso, sin

embargo, su voluntad en la voluntad del Padre, diciendo: "Padre, hágase tu voluntad; no sea como yo quiero, sino como quieres tú".

Y la voluntad de su Padre fue que su bendito y glorioso Hijo, a quien nos dio y que por nosotros nació, se ofreciese a sí mismo, por medio de su propia sangre, como sacrificio y hostia en el altar de la cruz; no por sí, por quien todo fue hecho, sino por nuestros pecados, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas. Y quiere que todos seamos salvados por él y que lo recibamos con un corazón puro y con un cuerpo casto. Pero son pocos los que quieren recibirlo y ser salvados por él, por más que su yugo sea suave y su carga, ligera". 2CtaF 6-15

SÁBADO SANTO: **SER HERMANOS**

Francisco no hace un discurso sistemático sobre ningún tema. Describe los núcleos inspiracionales de la vocación de los hermanos a la luz de situaciones concretas:

Trátense entre sí como dice el Señor: "todo lo que queráis que os hagan los hombres, hacédselos también vosotros a ellos". 1R 4

La fraternidad comienza por la regla de oro evangélica, base de toda relación humana.

• • •

"Guárdense todos los hermanos de turbarse o airarse por el pecado o el mal del otro, pues el diablo quiere echar a perder a muchos por el delito de uno solo; antes bien, ayuden espiritualmente, como mejor puedan, al que pecó, "ya que no necesitan médicos los sanos, sino los enfermos" 1R 5

A la fraternidad le amenaza el pecado; pero el mayor peligro está en el rechazo del que ha pecado.

• • •

"Ningún hermano haga mal o hable mal del otro, sino, más bien, por la caridad del espíritu, sírvanse y obedézcanse voluntariamente unos a otros". 1R 5

El veneno de la fraternidad es la murmuración. Amor mutuo y obediencia mutua la construyen y consolidan.

• • •

"Manifieste confiadamente el uno al otro su propia necesidad, para que este le encuentre lo necesario y se lo proporcione. Cada uno ame y nutra a su hermano, como la madre ama y nutre a su hijo, en aquello para lo que Dios le dé la gracia. Y el que no coma, no juzgue al que come. 1R 7

En caso de necesidad y precariedad, cuidado mutuo, nada menos que como la madre.

• • •

“Ámense mutuamente, como dice el Señor: “Este es mi mandamiento: que os améis mutuamente, como yo os he amado”. Y muéstrense con obras el amor que mutuamente se tienen, como dice el apóstol: “no amemos de palabra y de boca, sino con las obras y de verdad”.

1R 11

Al final, siempre, la motivación es Jesús y su palabra.

• • •

Relectura:

Cada día nos sorprendemos agradecidos ante la maravilla de la fraternidad. Es el signo más cercano que tenemos de la Gracia salvadora del Señor. Somos hermanos porque el Espíritu nos llamó a serlo e hizo en nosotros el milagro de querernos. Por eso justificamos nuestro proyecto evangélico en la medida en que somos hermanos de verdad. Tenemos un sentido muy peculiar de nuestra fraternidad. No la concebimos como un grupo de amistad, un equipo de trabajo, o una comunidad religiosa presidida por un representante de Dios, sino como una familia de hermanos espirituales, en que cada uno puede ser él mismo y manifiesta confiadamente el uno al otro sus necesidades. Lo más importante para nosotros es la calidad de nuestras relaciones interpersonales.

Valoramos profundamente la dimensión psicoafectiva de la fraternidad. Sin este cariño mutuo, comprensión, acogida, la vida común se parecería más a un cuartel o a una comunidad espiritual de solitarios, que a una auténtica fraternidad. Tenemos especial sensibilidad para evitar paternalismos y dependencias. Nuestro peligro, incluso, puede ser cierto individualismo. Pero en ese caso, tampoco realizaríamos ese otro valor esencial de la fraternidad: el compartir todo lo que uno es y posee. Desde este lado, es la pobreza la que salva a la fraternidad: la necesidad provoca la entrega, y la desapropiación de sí dinamiza la relación.

En nuestra fraternidad los preferidos han de ser los enfermos, los desanimados, los conflictivos, los que han tenido la desgracia de no ser fieles a sus compromisos, o los que se sienten marginados, o son de hecho víctimas del pecado estructural de nuestra institución, o del abuso del poder; en suma, los pequeños. Sólo podernos ser signo del Reino si la regla de oro evangélica ("haced a los demás lo que quisierais que ellos os hiciesen") regula nuestras relaciones. El ideal de humanidad reconciliada comienza por casa.

No, la fraternidad no se hace proyectando nuestras necesidades infantiles en un ideal de amor sin conflictos. Por el contrario, es necesario amar desde el olvido incondicional de sí; es necesario evitar el airarse y perder la paz, escandalizándose ante la mediocridad o la debilidad del hermano. Es necesario amar como una madre, e incluso más, pues la fraternidad se sustenta, en última instancia, de la gratuidad del amor de Dios.

Cuanto más se niega visiblemente comprobar el cariño mutuo y el deseo común de vivir el Evangelio, todavía me queda el amor, el que "todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta", el que vence al mal a base de bien, como Jesús, el entregado por los pecadores.